

## ***Una introducción interna y externa a Pablo, constructor del Cristianismo***

John Shelby Spong (\*)

### **1ª Parte. Aproximación externa a la figura de Pablo**

Pablo nació en Tarso, la capital de la Provincia de Cilicia situada en lo que llegó a conocerse como Asia Menor. Su fecha de nacimiento parece haber sido no antes del 6 aC. y no después del 15 dC., pero el peso de la evidencia señala hacia los años más tempranos. Al parecer, murió en Roma, probablemente entre los años 63 y 67 dC. Así que su edad fue de entre 59 y 74 años como máximo, pero de nuevo el peso de la evidencia apunta a que Pablo debía de tener alrededor de 70 años cuando llegó al final de su camino.

Fue hijo de padres judíos con ciudadanía romana. Los investigadores no tienen certeza de cómo adquirió Pablo dicha ciudadanía, pero parece haber pocas razones para dudar de Lucas, que sugiere que Pablo fue ciudadano romano desde el nacimiento, por herencia de sus padres.

Cuando miramos la historia de la ciudad de Tarso, descubrimos que su incorporación al Imperio Romano fue en el 66 aC. y que estuvo envuelta en las luchas de las facciones que buscaban gobernar el Imperio. Sabemos, por ejemplo, que Tarso se opuso a Casio, uno de los asesinos de Julio Cesar, que había sido protector de la ciudad. Por eso Casio gravó con enormes impuestos a Tarso y se los cobró despiadadamente. Al girar de nuevo la rueda de la fortuna y llegar al poder Marco Antonio, en 41 aC., éste compensó a Tarso por su oposición<sup>2</sup>. Marco Antonio, en efecto, otorgó a Tarso libertad y exención de impuestos<sup>3</sup>. Diez años después, Augusto renovó este raro privilegio tras la batalla de Actium en el 31 aC.. Además, confirió a Tarso tierras, leyes, honores y el poder de controlar el río y el mar de aquella parte del mundo<sup>4</sup>. Según la práctica del Imperio, con frecuencia acompañaba a estas mercedes un regalo especial: la ciudadanía romana de los miembros más destacados de la ciudad. Entre los años 18 y 14 aC., el número de ciudadanos romanos de Tarso aumentó casi en un millón de personas<sup>5</sup>. Quizá fue así como los padres de Pablo recibieron la ciudadanía romana que pasaron a su hijo, quien parece haberla ostentado, además, con orgullo.

Con todo, Tarso, pese a su estatus romano, seguía siendo una ciudad más oriental que occidental, al menos en su vestimenta y en sus gustos musicales<sup>6</sup>. Sus raíces orientales procedían de los Hititas y de su Imperio del tercer milenio aC.<sup>7</sup>. En el siglo I, Tarso era una ciudad bien gobernada y relativamente próspera, con un respeto helenístico por la educación, y capaz de formar ciudadanos que se podían desenvolver de forma competente en ambos mundos, tanto en oriente como en occidente. Pablo se debió de beneficiar de esta herencia cultural de su ciudad natal.

La familia de Pablo parece que era de buena posición además de tener la ciudadanía romana. Pablo, ciertamente, tuvo oportunidades educativas que no estaban al alcance de los pobres. Su actitud hacia el trabajo físico, expresada en sus cartas a los Corintios

(1 Cor. 4:12, 9:19, 2 Cor. 11:7), sugiere que pertenecía a la élite económica y que su experiencia, en cuanto a trabajar con sus propias manos, como un obrero, era poca o más bien nula.

Abundan los indicios bíblicos de que, la familia de Pablo era de estrictos practicantes de la tradición judía. La pasión de Pablo por las tradiciones del judaísmo refleja, sin duda, el sistema de valores aprendido en el hogar. Según él, fue “circuncidado al octavo día” y se describe a sí mismo como “fariseo” en cuanto a la ley y como “irreprochable” en cuanto a la justicia (Filipenses 3:4-6). Este nivel de compromiso con la fe de sus antepasados sería bastante improbable de no haber nacido en una familia que valoraba la fe y la practicaba con devoción. En Tarso había una sinagoga con una escuela hebrea asociada a ella y sospecho que fue importante en la vida del joven Pablo. Entre los judíos fieles dispersos por el Imperio, y para el sostén del Templo en Jerusalén, era costumbre pagar dos dracmas por año y por cada varón. Podemos imaginar que la familia de Pablo pagaba esta contribución con convicción. El pueblo judío de la diáspora nunca cesó de ser ciudadano de dos mundos a la vez: uno, el de la nación en la que estaban domiciliados, y otro, su hogar espiritual, cuyo centro era Jerusalén y más específicamente el Templo.

Pablo era un ciudadano del siglo I que convivía con el mundo judío y con el mundo mediterráneo. Por eso es correcto decir que Pablo, como todos nosotros, se formó según las actitudes culturales normales de su época. No hay seres humanos universales sino sólo vidas particulares, que están inmersas en momentos concretos de la historia, que comparten los valores y las definiciones comunes entonces y que procesan la realidad a través del conocimiento disponible en dicho período. Esto no debería sorprender a nadie pero, sin embargo, sí sorprende a quienes actúan como si las palabras de un hombre particular pudiesen equipararse a la palabra de Dios y, por consiguiente, fuesen verdaderas e infalibles siempre y en todo lugar, tal cual. Desafortunadamente, en la historia cristiana, las palabras de Pablo se han comprendido más de una vez de esta manera. De modo que me van a permitir que sea muy claro desde el comienzo: Pablo no escribió las palabras de Dios sino las palabras de él mismo, de Pablo. A veces inspiradas, a veces reveladoras y algunas veces visionarias. Sólo hay que leer el himno sobre el poder y el significado del amor, en 1ª Corintios 13, para ver un ejemplo de esta inspiración que digo. Sin embargo, Pablo también escribió palabras que rara vez o casi nunca se citan porque manifiestan tan sólo su enfado, su ignorancia o un prejuicio. Podríamos citar como ejemplo un pasaje en Gálatas (5:12) donde dice: “¡Ojalá que se mutilaran los que os perturban!” o en Romanos (11:8) cuando expresa su juicio negativo hacia ciertos miembros de su propia nación judía: “Dios les dio espíritu insensible, ojos que no ven y oídos que no oyen, hasta el día de hoy.”

Así que, para leer a Pablo con rigor, hay que leerlo tal como él realmente fue: un ciudadano limitado, de un siglo determinado, con una vida marcada unas veces por momentos de gran poder espiritual y otras por una humanidad de no tanta altura. Pablo, por ejemplo, acepta sin críticas, como todos en su época, los valores del sistema patriarcal de entonces, en el que los varones eran imagen de Dios y las mujeres, una creación inferior, sometida a sus maridos (Col. 3:18). También afirmó Pablo que era

“indecoroso” que la mujer hablara en la iglesia (1ª Cor. 14:35). Como hijo de su tiempo, Pablo acepta la esclavitud como una institución social y económica legítima, y se contenta con instar a que ésta sea lo más amable y moderada posible (Filemón; Colosenses 3:22ss). Además, parece aceptar la definición levítica de la homosexualidad que se encuentra en el código de santidad (Lev. 18, 22) y que considera esta orientación sexual como mala y digna de condenación (Rom. 1:18-32). Estas actitudes suyas reflejan las definiciones que prevalecían en su tiempo, y son parte del modelo cultural y de los supuestos con los que él razonaba. Quienes leen sus escritos hoy deben tener en cuenta estas circunstancias y mirar de comprender lo valioso de Pablo dentro de los límites de su mundo. Nadie puede trascender por completo el tiempo en el que vive.

Los padres de Pablo, según Lucas en el libro de los Hechos, pusieron a su hijo el nombre hebreo de «Saúl», cuyo significado era doble. Pablo dijo ser miembro de la tribu de Benjamín (Filip. 3:5) y, en ella, el nombre de Saúl tenía una historia especial. Saúl, el hijo de Cis, de la tribu de Benjamín, fue escogido como el primer rey de la nación judía (1 Sam. 9). Según el texto bíblico, la elección se basó en sus características físicas, que eran imponentes. No sólo era guapo sino que, además, “sobrepasaba, de hombros arriba, a cualquiera del pueblo” (1 Sam. 9:2). Con todo, la historia judía y el relato bíblico no pintaron al Rey Saúl de forma heroica. De hecho, su retrato es el de una figura trágica y melancólica, cuya depresión sólo se calmaba con música, y cuyos arranques de rabia revelaban una probable enfermedad mental (1 Sam. 16:14-23). De modo que Saúl perdió el apoyo del profeta Samuel, que, según la historia sagrada, era quien lo había ungido rey. La línea sucesoria no estaba establecida y su final como monarca lo precipitó el propio Samuel, quien, declarando que actuaba en nombre de Dios, buscó, encontró y ungió a un sucesor. Su elección recayó en un joven que no era de la tribu de Benjamín sino de la tribu de Judá, y cuyo nombre era David (1 Sam. 16:6-13). Esta iniciativa de Samuel desencadenó el inevitable conflicto sobre la continuidad real, que finalmente ganó David. A pesar de todo esto, el nombre «Saúl» todavía era respetado entre las gentes de Israel, y muy especialmente entre los miembros de la tribu de Benjamín, para quienes siempre importó. Tal vez esto influyó en los padres de Pablo, quienes, como benjaminitas, decidieron llamar «Saúl» (o Saulo) a su hijo.

Pero había otro aspecto de este nombre que, aparentemente, causaba cierta dificultad en el mundo de habla griega. El idioma griego tenía la palabra *saulos*, un adjetivo que connotaba afeminamiento. Tal vez por esto, cuando el nombre hebreo de «Saúl» se escribía en griego, casi siempre se convertía o bien en «Silas» o bien en «Silvanus», nunca en «Saulo»<sup>8</sup>. Nada es más corriente, entre compañeros de escuela, que burlarse del nombre de un colega si pueden encontrar la forma de hacerlo. Pablo parecía conocer el hábito de hacer juegos de palabras con los nombres de la gente<sup>9</sup>. Tal vez esto venía de su propia niñez y de haber sido víctima de estas bromas. Desafortunadamente, a diferencia del Rey Saúl, la apariencia física de Pablo parecía hacer susceptible la connotación de “*saulos*” de su nombre. Aunque no podemos estar absolutamente seguros de sus rasgos físicos, hay indicios de que su estatura y prestancia no eran las de un rey. En la propia escritura de Pablo encontramos un versículo autodescriptivo en el que repite una acusación crítica para refutarla. Sus enemigos habían dicho de él: “Sus cartas son duras y fuertes, pero la presencia corporal es débil y la palabra despreciable” (2 Cor. 10:10). Es interesante notar que la defensa de

Pablo contra estos cargos consistió en rebatir sólo la mitad de la crítica. Escribió: “Aunque sea tosco en la palabra, no lo soy en el conocimiento” (2 Cor. 11:6). No es una suposición excesiva sugerir que Pablo no se defendió de la otra mitad de la acusación porque sabía que no podía.

Estos índices autobiográficos, los reforzó Lucas en el libro de Los Hechos, cuando relató cómo el pueblo de Listra confundió a Bernabé y a Pablo con unos dioses. Parece que Bernabé, quien al parecer sí que tenía una presencia física imponente, fue identificado como Zeus (*Júpiter* para los romanos), el rey de los dioses, mientras que a Pablo se le identificó con Hermes (*Mercurio*), el dios mensajero (Hechos 14:1-18), al que, normalmente se describía como una deidad pequeña, enjuta, ligera y locuaz. Aunque esto no constituye una sólida prueba en nuestro intento de imaginar el aspecto físico de personaje tan central del Nuevo Testamento, acrecienta la posibilidad de que cierta pequeñez física sea un retrato adecuado de Pablo de Tarso.

Una tercera fuente que confirmaría este posible retrato puede encontrarse en un documento tardío (del siglo II) titulado “Los hechos de Pablo y Tecla”. En él encontramos la primera descripción de Pablo desde el punto de vista corporal. Se dice de él que era pequeño en estatura, calvo, con las piernas arqueadas, vigoroso, con cejas juntas y nariz aguileña <sup>10</sup>. Esta fuente no sería definitiva por sí sola, ya que es tardía, pero sugiere que no se hizo ningún esfuerzo en transformar las características físicas de Pablo e intentar hacerlas afines a su destacada estatura moral ante la comunidad cristiana de entonces. De modo que los datos parecen merecer cierta credibilidad. El documento corrobora la idea corriente de que la estatura de Pablo no era impactante. De hecho, bien podría haber sido susceptible de que se le aplicase el nombre «*saulos*» de forma peyorativa. Tal vez sea por esto por lo que se ha sugerido que Pablo usó su nombre judío sólo entre los judíos, donde la connotación del adjetivo griego «*saulos*» no existía, y que usó su nombre «Pablo» entre los gentiles greco-parlantes. También se ha sugerido que su familia, que necesitaba darle a su hijo un nombre judío y otro romano, eligió «Pablo» porque en sus mentes se aproximaba al nombre hebreo «Saulo».

Debemos hacer notar, además, el hecho de que en ningún lugar del corpus paulino usa Pablo ningún otro nombre que no sea «Pablo». La sugerencia de que su nombre era también el de «Saulo» nos llega exclusivamente de Lucas y del libro de Los Hechos (ver capítulo 9). Pero no hay ninguna indicación de que Lucas tenía algún motivo para ello, excepto señalar un hecho que él sabía que era verdadero y por lo tanto asumir (creo que con un alto nivel de certeza) que los nombres por los que se conocía a esta persona eran, respectivamente, «Saulo» entre los judíos y «Pablo» entre los gentiles.

Pablo se benefició del buen sistema escolar de Tarso. No sólo conocía bien el griego sino que lo escribía con el estilo de quien tiene una amplia educación. Pero, además de asistir a las escuelas helenas, Pablo también asistió a la escuela hebrea asociada a la sinagoga local, donde, para los hijos de las familias judías, se impartía una educación religiosa obligatoria hasta los doce años. Pablo conocía, pues, el hebreo y la Tora, aunque también parece haber leído las escrituras hebreas principalmente en la versión griega que llamamos la Septuaginta o versión de los setenta. Prueba de ello es que sus cartas contienen no menos que noventa citas de esta versión <sup>11</sup>. Parece haber tenido

asimismo habilidades oratorias, que eran la llave para progresar en su mundo. La oratoria, en aquella época, se basaba en la escritura de cartas y en el estudio de discursos. Las cartas se escribían como discursos pensados para leerse en voz alta, en una asamblea pública <sup>12</sup>. La forma de comunicación llamada «epístola», por la que conocemos a Pablo, nació claramente de esta práctica y refleja este estilo. Pablo mismo indica que espera que sus cartas serán usadas de esta manera (2 Cor. 13:4-12). Aunque le gustaba denigrar su habilidad oratoria (1ª Cor. 1:17, 2:4), la realidad es que su estilo de escritura era poderoso.

Siguiendo la costumbre de las clases altas de Tarso, Pablo fue enviado al extranjero para completar su educación. Esto lo llevó a Jerusalén en algún momento, antes de cumplir los veinte años. Se calcula que, antes de su conversión al cristianismo, estuvo en Jerusalén alrededor de quince años, tiempo crucial en su vida y en su desarrollo. Su inusual celo por las tradiciones de sus antepasados le permitió alcanzar raras cotas de excelencia como estudiante, aplaudido y alabado por sus superiores. Su dedicación a la salvaguarda de la pureza de las tradiciones religiosas parece haber sido la fuerza que lo llevó a ser perseguidor de la minoría liberal de los judíos cristianos.

Dado que es inevitable acercarse a quienes se persigue, Pablo, el perseguidor, se acercó a la fe cristiana y, llegado un momento, se convirtió. Es interesante notar que Pablo no describe su experiencia de conversión en sus epístolas. Fue Lucas quien dio forma narrativa a su conversión, pero el libro de Los Hechos no se escribió sino unos treinta o treinta y cinco años después de la muerte de Pablo. Como Hechos responde a las intenciones políticas propias de Lucas, la exactitud de la historia de la conversión de Pablo es altamente sospechosa. Sin embargo, el hecho de su conversión proviene de la pluma de Pablo mismo (Gal. 1:16). Aquella conversión significó que el perseguidor buscó acogida en aquellos que antes habían sido sus víctimas. No fue fácil para Pablo ingresar en su nueva comunidad de fe.

Pablo pareció sensible a esta dificultad y, de hecho, no se impuso inmediatamente entre los cristianos de Jerusalén. En cambio, sintió una llamada bien clara a ser apóstol entre los gentiles. Primero fue a Arabia, donde permaneció tres años (Gal. 1:17). Tal vez dedicado a alguna actividad misionera pero, sobre todo, procesando y asimilando el nuevo sentido de su vida, antes de retornar a Damasco. Entonces, según su propio relato, subió a Jerusalén para hablar, durante quince días, con Pedro, el apóstol, y con Jacobo o Santiago, el hermano del Señor (Gal. 1: 18-19). Después, nos informa que permaneció en las regiones de Siria y de Cilicia durante catorce años (Gal. 2:1). Al parecer, durante estos años, vivió como misionero, probablemente como asistente de Bernabé. El segundo viaje a Jerusalén, lo realizó para afrontar el tema de cómo incorporar a los gentiles en la comunidad que aún era predominantemente judeocristiana. Esta vez, Pablo fue a Jerusalén acompañado por su mentor Bernabé y por su único asistente griego, Tito (Gal. 2:1). En la mente de Pablo, este encuentro fue ocasión de dar con una solución. Bernabé y Pablo se dirigirían a los gentiles, mientras que Santiago, Cefas y Juan orientarían su misión a los judíos. Los judíos no estarían liberados de los preceptos de la ley mientras que los gentiles sí. Esto fue una solución tolerable para Pablo (Gal. 2:2-10).

Si volvemos a sus actividades misioneras, Pablo parece haber repartido sus dos años

siguientes entre Filipo y Tesalónica, como representante oficial de la iglesia de Antioquía. Sin embargo, los judaizantes de Jerusalén violaron el acuerdo alcanzado, según lo había comprendido Pablo, y siguieron presionando para que las comunidades de Pablo se adhirieran a diversos elementos de la Ley. Ante estas presiones, parece que la iglesia madre de Antioquía y el mismo Bernabé no apoyaron a Pablo con la fuerza que él hubiese deseado. De modo que Pablo sintió que "su evangelio" se veía amenazado por las excesivas exigencias de un recurrente legalismo. La iglesia de Antioquía, base de su misión, le parecía estar hundiéndose por tornar a convertirse en una iglesia judía. Esto era intolerable para él, así que Pablo se lanzó en solitario a un viaje misionero hacia occidente y más orientado hacia los gentiles. Desde entonces, su relación con oriente consistió principalmente en su compromiso de recaudar una colecta para sustentar a la iglesia de Jerusalén. Pero la órbita de su labor siguió extendiéndose más y más hacia el oeste.

Una vez que estuvo solo, Pablo desarrolló un estilo misionero singular. Primero, establecía una sede central en una región y luego, desde allí, desarrollaba una serie de visitas y establecía, levantaba y alentaba a las iglesias de la región con regularidad. Corinto, Éfeso y Roma fueron los tres centros o sedes principales durante el transcurso de su carrera. Como todo jefe, Pablo tuvo problemas distintos en las diferentes iglesias. Probablemente fue la iglesia de Corinto la que más le puso a prueba con sus desórdenes internos. La de Filipo fue la iglesia hacia la que probablemente sintió mayor afecto.

Durante su actividad, Pablo trabajó muy de cerca con varios colaboradores. Su número no cambió significativamente. Aparentemente, Timoteo fue el principal pero también mencionó con frecuencia a Tito, Apolos, Silas y a una pareja, Priscila y Aquila, que fueron probablemente más importantes para el éxito misionero de Pablo de lo que se ha podido imaginar. Esta pareja parece haber constituido el equipo de vanguardia de Pablo, y haber ido por delante de él para preparar la base, antes de su llegada, en los tres centros de la actividad de Pablo (Rom. 16:3, 1 Cor. 16:19, 2 Tim. 4:19)<sup>13</sup>.

Pablo luchó vigorosamente para librar a sus iglesias del legalismo del judaísmo. El legalismo era introducir componendas en la integridad del evangelio, según él. Esta pugna parece haber sido habitual al intentar establecer iglesias entre los gentiles. Sus cartas están llenas de fuertes defensas tanto de su apostolado como de su comprensión del evangelio y de la misión de la iglesia de cara a los gentiles. El libro de los Hechos de los Apóstoles registra tres viajes misioneros principales, pero hay diferencias entre la crónica que se desprende de este libro y la crónica que se desprende de la lectura de las propias palabras de Pablo. Los investigadores casi siempre apoyan la versión de Pablo cuando hay un conflicto entre ésta y la de Lucas en el libro de Los Hechos. Después de todo, Pablo escribe un relato en primera persona mientras el libro de los Hechos es una narración mucho más tardía. De todas formas, el viaje final de Pablo sí que parece haber sido bajo arresto (y tal vez encadenado), con destino a la ciudad de Roma, al inicio de los años sesenta. En Roma, Pablo vivió bajo arresto domiciliario y las evidencias sugieren que murió allí, como un mártir cristiano.

En sus cartas, Pablo dejó un legado inestimable para el futuro del cristianismo. Recordad que, cuando Pablo murió, aún no se había escrito ningún Evangelio. Así que

Pablo es el testigo primordial de lo que fue el cristianismo primitivo. Sus epístolas eran documentos formales, escritos para ser leídos en la asamblea de los fieles, como instrumentos didácticos. 1ª y 2ª a los Tesalonicenses son cartas auténticas suyas, aunque muchos investigadores identifican ahora a 1ª Tesalonicenses 2:13-4:2 como su carta anterior dirigida a dicha iglesia. Según esto, 1ª Tesalonicenses 1:1-2:12 y 4:3-5:28 sería su segunda carta, y lo que llamamos 2ª Tesalonicenses sería una tercera. Todas estas cartas a los Tesalonicenses se suelen fechar entre los años 50 y 52, y son los primeros textos de Pablo que han sobrevivido.

Gálatas también es una carta paulina de los primeros tiempos, y debería fecharse alrededor del año 53. Expresa el dolor de Pablo cuando los judaizantes lo desafían y amenazan con socavar su trabajo. Viendo la involución de la iglesia en Antioquía, hacia una comunidad judía convencional, Pablo estaba determinado a luchar vigorosamente para proteger su versión del evangelio y las iglesias de las que se sentía responsable. La Epístola a los Gálatas contiene el mejor estilo pugilístico de Pablo. Es donde escribe: “Lo reprendí [a Pedro] cara a cara, porque era de condenar” (Gal. 2:11), lo cual, nuevamente, indica lo difícil que es considerar que un texto así es, sin más, “la palabra de Dios”.

Las cartas Iª y IIª a los Corintios son también paulinas y auténticas aunque pocos sean los investigadores que piensen que lo que ahora tenemos en ellas es la forma original en la que se escribieron. Hay por lo menos cuatro cartas a la iglesia de Corinto, enterradas en el corpus actual dirigido a esta iglesia. Incluso hay quienes creen que se pueden identificar hasta nueve cartas. La correspondencia a los Corintios se suele fechar a mediados de los años cincuenta. Una sección de IIª Corintios 10-13 nos muestra un Pablo tan enojado que la rigidez de su control es pura rabia, y algunos fragmentos son como una auténtica diatriba.

La Carta a los Romanos es la única que Pablo escribe a una iglesia que él no ha fundado ni visitado. Como esperaba visitarla, les escribió para dejar clara cuál era su comprensión del evangelio. La Carta a los Romanos sigue un argumento similar al utilizado en la Carta a los Gálatas. Su estilo, sin embargo, es más formal, más razonado y más vistoso. Es tan completa y está escrita con tanta pasión que muchos se refieren a ella como “el Evangelio según Pablo”. Los capítulos 1-8 exponen la comprensión paulina básica de la acción de Cristo. En los capítulos 9 a 11, Pablo discurre sobre el lugar de los judíos en el drama de la salvación. Por último, en los capítulos 12 a 15, Pablo extrae las implicaciones éticas que se desprenden de su evangelio. Sin embargo, el capítulo 16 es una conclusión cuya ubicación en Romanos se discute hoy ampliamente y muchos investigadores piensan que, originalmente, no era parte de dicha carta.

Filemón es una carta delicada, que recomienda a un esclavo fugitivo, Onésimo, ante su antiguo dueño, y que es muy reveladora. Algunos consideran la carta a los Filipenses como la última auténtica de Pablo. Contiene pasajes memorables y por lo menos una sección que parece recoger un primitivo himno cristiano (Fil. 2:2-11). El pasaje muestra aspectos muy interesantes del desarrollo temprano de la cristología. Por un lado, introduce indicios de una creencia en la preexistencia divina de Jesús y, por otro, va directamente de la crucifixión a la exaltación sin mencionar la resurrección. Refleja por

consiguiente lo que mucha gente cree que fue una etapa, dentro de las tradiciones sobre la resurrección, antes de que entrasen, en el cristianismo, elementos como la tumba vacía y las apariciones físicas del resucitado.

Se debate seriamente si la Carta a los Colosenses es o no paulina. Hasta donde yo sé, el debate está empatado. Esta controvertida epístola empieza a manifestar la dimensión cósmica de Cristo. La Carta a los Efesios desarrollará esto aún más. El mundo de la investigación bíblica ha llegado a un consenso en contra de que Efesios sea de Pablo, si bien todavía hay una o dos resistencias. Por último, nadie cree que la Carta a los Hebreos sea de Pablo. Su estilo y su vocabulario lo demuestran. De hecho, la Carta a los Hebreos no es ni siquiera una carta en el sentido de que no parece haberse escrito como un texto dirigido a alguien. Es, más bien, un sermón comunicado oralmente a una comunidad y que luego se puso por escrito.

Por lo general, tampoco se cree que sean paulinas las Cartas pastorales: a Timoteo, Iª y IIª, y a Tito. Las tres revelan una estructura y una organización de la vida de la comunidad que no se dieron sino mucho después del tiempo de Pablo. Pese a ello, aún hay quienes defienden la autenticidad de la IIª a Timoteo. No obstante, la mayoría de los investigadores del Nuevo Testamento no apoya esta autenticidad.

Cuando tratamos de unificar las enseñanzas principales de Pablo, según las contienen sus propios escritos, lo primero que percibimos es que, en la mente de Pablo, el pecado era un poder externo, una fuerza que separaba la vida del hombre de la de Dios. Pablo creía que el pecado entró en la vida a través de Adán y que nos esclavizó a todos. Constituía una desorientación masiva del propósito creativo de Dios. Y la única respuesta auténtica posible, según Pablo, para este estado de pecado, era el poder de la gracia de Dios, revelada plenamente en el auto-sacrificio de Cristo. La ley de los judíos, la Tora de Dios, nunca podría haber hecho este regalo. Así que la obra de Cristo comportó, casi inevitablemente, relativizar las exigencias que la Ley imponía a la conciencia del pueblo judío.

En el pensamiento de Pablo, Cristo era lo que Adán hubiera tenido que haber sido: el auténtico ser humano. De hecho, el amor total del auto-sacrificio de Cristo era, para Pablo, un retrato de la auténtica humanidad. Pablo vio este amor total en Jesucristo, que no se complació a sí mismo sino que sufrió en favor de todos los humanos, muriendo incluso por los impíos y los enemigos de Dios. Pablo afirmó que Dios elevó a este Jesús al mismo orden de Dios, desde donde quedó disponible para nosotros por siempre. Su amor fue y es tan total que nada podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús (Rom. 8:38-39). Por esto Dios elevó a Jesús al cielo y “le dio un nombre que está sobre todo nombre para que, ante el nombre de Jesús, se doble toda rodilla” (Filip. 2:5-11). Los que, según frase de Pablo, están “en Cristo” están llamados a modelar la vida como llena de gracia y a vivir con un amor auto-entregado. Tal fue su comprensión de la esencia del don de Dios, el cual, para Pablo, sobrepasaba en mucho el don de la ley y era el mayor regalo posible de Dios al mundo.

Pablo estaba de acuerdo en dar su vida, su energía y su dedicación a este evangelio y al servicio de este Señor. Con gusto soportó abusos sin cuento, azotes, naufragios, peligros de hurto en tierra y de tormentas en el mar y, finalmente, la muerte (2ª Cor. 11:24-29). Estaba convencido de que “vivir es Cristo y morir, una ganancia” (Filip.



1:21). Fue, pues, un testigo admirable. Después de Jesús, fue él el que levantó el cristianismo que la mayoría de nosotros hemos conocido.

#### \* NOTA INTRODUCTORIA

Ésta es la primera parte de tres en las que dividimos la publicación del ensayo de J.S. Spong titulado: "Una introducción externa e interna a Pablo, el constructor del Cristianismo". Este ensayo se publicó como Prefacio a: *Las cartas de Pablo*, editadas por Riverhead Books, en 1998. J.S. Spong cedió los derechos de este Prefacio a la AML en octubre de 2013, durante su primera visita a Madrid.

Cuando J.S. Spong publicó este ensayo, era obispo anglicano de la diócesis de Newark (NJ), actividad que, desde 1973, combinaba con la de escritor. Antes de 1987, había publicado ya diez títulos, y los de la década anterior a este Prefacio fueron: 1988 – *Living in Sin? A Bishop Rethinks Human Sexuality*; 1991 – *Rescuing the Bible from Fundamentalism: A Bishop Rethinks the Meaning of Scripture*; 1992 – *Born of a Woman: A Bishop Rethinks the Birth of Jesus*; 1994 – *Resurrection: Myth or Reality? A Bishop's Search for the Origins of Christianity*; 1996 – *Liberating the Gospels: Reading the Bible with Jewish Eyes*.

Lo peculiar de esta edición de las cartas de Pablo fue seguir el orden cronológico de su redacción más consensuado por los investigadores, en lugar de seguir el orden de mayor a menor extensión de los textos, que es el que todavía sigue, por ejemplo, la Biblia de Jerusalén (salvo en el caso de la carta a los Hebreos que siendo extensa se publica al final). Este orden es el siguiente: Tesalonicenses, 1 y 2, Gálatas, Corintios 1 y 2, Romanos, Filemón y Filipenses, y, luego las atribuidas a Pablo pero no directamente suyas: Colosenses, Efesios, Timoteo 1 y 2, Tito y Hebreos.

Por otra parte, una nota del editor avisa, además, de que la investigación actual sugiere que hay varias cartas unidas en una, sobre todo en las dos a los Corintios y en la de los Filipenses. De modo que aconseja este orden de lectura: 2 Cor. 6:14-7:1; 1 Cor. 1-16; 2 Cor. 2:14-6:13, 7:2-4; 2 Cor. 10-13; 2 Cor. 1:1-2:13, 7:5-16; 2 Cor. 8; y 2 Cor. 9. Y asimismo: Filipenses 3:2-4:9; Filip. 4:10-20; y Filip. 1:1-31. Tal sería el orden propuesto por el Dr. James Veitch (profesor de estudios religiosos en la Victoria University en Wellington, Nueva Zelanda). Los estudios del Dr. Veitch proponen hasta siete cartas distintas en las dos dirigidas a los Corintios. Aunque se trata de una hipótesis discutida, este orden hipotético puede ayudar a discernir cómo se desarrolló el pensamiento de Pablo: "Es nuestra esperanza que, al llamar la atención de nuestros lectores sobre las dimensiones de este debate y al proponer una cronología aproximada aunque no aceptada universalmente, podamos hacernos una idea del hombre que fue Pablo mientras luchaba para expresar su fe y su comprensión de Jesús en diferentes momentos de su camino".

#### NOTAS AL TEXTO

1. Dion Cassius, *Roman History*. Traducido al inglés por E. Cary. (Loeb Classical Library, Cambridge: Harvard, 1924, 1925).
2. *Appian History* 5-7. Traducido al inglés por H. White. (LCL, Cambridge: Harvard, 1913).
3. Plinio (Book 5, 92) llama a Tarso "una ciudad libre". Traducido al inglés por H. Rackhan. (LCL, Cambridge: Harvard, 1944-52).
4. Dio Chrysostom, *Discourses* NH 34.8. Traducido al inglés por J. W. Cohoon and H. L. Crosby. (LCL, Cambridge: Harvard, 1949-51).
5. M. Hengel and R. Deines, *El Pablo pre-cristiano* (London: SCM Press, 1991).
6. T. Callander, *The Tarsian Orations of Dio Chrysostom*, *Journal of Hellenic Studies*, vol. 24: 64, 65.
7. *The Interpreters Dictionary of the Bible*, vol. 4, (New York: Abingdon Press, 1962), 518. Article by M. J. Mellink.

8. Jerome Murphy-O'Connor, *Paul, A Critical Life*, (Oxford: Clarendon Press), 42. Ver también T. J. Leary, "Paul's Improper Name", *New Testament Studies*, 467-69.
9. En Filipenses 4:3 Pablo se dirige a alguien que se identifica en castellano como "compañero fiel" o Sicigo como nombre propio. En Filemón 1:11 Pablo hace un juego de palabras con el nombre Onésimo, que también quiere decir "útil".
10. E. Hennecke and W. Schneemelcher, *New Testament Apocrypha* (London: Lutterworth, 1965).
11. J. Murphy-O'Connor, *Paul, A Critical Life*, 47.
12. S. K. Stowers, *Letter Writing in Greco-Roman Antiquity*, Philadelphia: Westminster, 1986).
13. J. Murphy-O'Connor, *Paul, A Critical Life*, 234. Tomar nota que en algunas versiones de la Biblia el nombre Prisca ha sido traducido Priscilla.